

LA GUERRA

Con la guerra europea, la situación económica se pone cada día más crítica: la lucha por la existencia se hace mucho más dificultosa, mostrándose ruda en todos los ambientes, desde el hogar a la comodidad holgada del capitalista, hasta simple vivienda en donde raquítica y dificultosamente vive el pobre trabajador o el proletario.

La escena horrenda de Europa produce y remarca en todos los pueblos de la esfera terrestre, un mismo desequilibrio social y económico, relativo y proporcional a la mayor o menor cantidad de fuerzas concentradas o de riquezas que hallan podido reunir con anticipación tanto para repenir su desgaste continuo como también, por medida preventiva que desde hacia mucho tiempo se venía elaborando, para resistir con más denuevo las ruinas que trae consigo un rompimiento social o descalabro, como el que hoy se nos presenta a la vista.

En Europa la miseria a manera de fantasma monstruoso, extirpa con la terrible sentencia del hambre a los que no mueren peleando en el campo de batalla: y ese mismo espectro doliente de alas enlutadas y con mirada penetrante de águila, se acerca poco a poco con rumbo hacia nuestras costas, para después entrar de lleno al interior de nuestro Continente Americano, y matar, ya no al golpe de una lanza de combate, ni al sople doloroso de un cañón de Krupp, sino, con la sentencia más espantosa y desconsiderada que pueda sobrevenir como castigo para los hombres, como es la de morir por falta de alimentos, sentir como en el suplicio que se desgarran y que se consume paulatinamente la existencia sin poder encontrar la medicina y el médico que salve.

Cada día se comprueba mejor lo que hace muchos miles de años dijo el gran filósofo Platón, de que "Todas las Guerras no nacen sino del ansia de amontonar riquezas", y este laconico pero expresivo pensamiento dicho en aquel entonces, encierra para todos los tiempos la injustificable pero clara y verdadera realidad de las cosas.

Las grandes naciones de hoy, que tanta escuela y experiencia han tenido, hacen idéntica aplicación de esta ley que ese sabio maldijo eternamente: se pelean y se consumen los pueblos, no por el predominio honoroso del pensamiento sobre los demás, como los tiempos aquellos de la Bella Gracia, sino, por el siempre miserable interés, por mantener en las manos o en las cajas la mayor cantidad del brillante oro, y en fin, por conquistar el triunfo completo

del comercio y la mayor cantidad de ganancias líquidas: todos frutos o flores engañosas, placeres impropios, que apagan las brasas del sentimiento y el amor, fomentan por el contrario, los instintos feroces del egoísmo, el saqueo ilegítimo del bárbaro y la tiranía usurpadora del vencedor sobre el vencido, acciones incalificables, dignas solamente de las fieras salvajes que pueblan los bosques del Asia, y el centro, o los playones plateados del Orange, del Congo o del Sambesi en el Africa.

Sobre Alemania, Austria, Inglaterra y Rusia es sobre quienes con más acierto, pueden recaer ciertas sentencias dictadas por la conciencia justa de los demás pueblos, que contemplan horrorizados las ignominias o los actos violentos llevados a cabo dentro del campo de batalla.

Belgica y Francia, aunque participan en parte de algunos atropellos y ruindades efectuados en los momentos críticos del combate, no por eso habrá de dejarse de comprender con razón, de que vale más, o que arranca con más satisfacción la simpatía, el esfuerzo y el heroísmo incomparable del soldado belga, que toda la potencia del arroyo y el valor de un soldado alemán: como tampoco po-

dría confundirse el entusiasmo y las energías que se apoderan del alma de los franceses por el coronamiento de sus grandes causas, o en las guerras para levantar radioso el pendón de la victoria, con el espíritu tranquilo del inglés, titán impetuable, que si en tierra no responde al eco, y marca la misma intensidad de fuerza y arrebatado que el alemán, en el mar, es el buzo que hunde, y el gigante que estrecha y consume veloz o paulatinamente, la vida de las tripulaciones que habitan las minas flotantes de los acorazados, haciéndoles invisibles poco a poco hasta desaparecer con el agotamiento del vencido, bajo las aguas espumosas del Océano.

Pero sobre todos estos disturbios en los cuales se asegura la inculpabilidad y la razón de los unos, y las injusticias de los otros, lo que más debe interesar y ocupar nuestra atención, es sobre la situación de la vida actual y futura: todos están en la obligación de evitar o poner a salvo de un golpe o naufragio económica, nuestra tripulación amenazada actualmente por el sacrificio horrendo de la Guerra, que parece limitarle los días al mundo, o la tranquilidad y el

entusiasmo a los hombres.

América necesita prepararse con anticipación, porque ella será a la vez fuente de riqueza para si propia, y también un mismo brazo, un solo punto de apoyo, y un mismo caudal de luz para las grandes potencias que exterminadas por la guerra actual, necesitan la ayuda, y el sostén de otros pueblos con pañeros: y América será un Continente y un mismo pueblo hermano para el vencedor y para el vencido: su principal riqueza, la agricultura, habrá de influir directamente en la nivelación del desequilibrio de la subsistencia actual: sus productos habrán de tener tanta representación como el diamante del Transvaal para Inglaterra, y como el viejo oro de estas antiguas colonias para España: y nuestras energías y todo el haber moral de nuestras existencias habrán de servir para cooperar en el nuevo programa que se elabora para la Europa entumecida de hoy; vislumbrando horizontes helaguenos, curando con el bálsamo del derecho y de la Justicia, los rencores, las venganzas señudas, los sentimientos egoístas y usurpadores: América en fin será entonces el ángel de la paz, recinto sagrado de la justicia y del derecho, que económico, nuestra tripulación son los únicos que pueden albrar nuevos hogares y nuevos templos de felicidad, de concordia y de solidaridad humana.

ARTURO MONCADA G.